



RUSLAN POSADAS VELÁZQUEZ

ruslan.posadas@uacm.edu.mx

Universidad Autónoma de la Ciudad de México

Víctor Hugo López Llanos

victor.hugo.170989@hotmail.com

Universidad Autónoma de la Ciudad de México

EL SUJETO REVOLUCIONARIO EN LA ERA DE LA GLOBALIZACIÓN

DOI: [10.25009/clivajesrcs.i19.2769](https://doi.org/10.25009/clivajesrcs.i19.2769)

Clivajes. Revista de Ciencias Sociales. Año X, número 20, enero-junio 2024, pp. 1-18

<https://clivajes.uv.mx/index.php/Clivajes/article/view/2769/4583>

Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales, Universidad Veracruzana

Clivajes. Revista de Ciencias Sociales/ISSN: 2395-9495/IIH-S, UV/Xalapa, Veracruz, México

Aceptado:

12/05/2024



EL SUJETO REVOLUCIONARIO EN LA ERA DE LA GLOBALIZACIÓN

Ruslan Posadas Velázquez*
Víctor Hugo López Llanos**

*Hace más de un siglo y medio,
Marx provocó al mundo burgués con célebres palabras:
“Un fantasma recorre Europa: el comunismo”.
Hoy es otra la frase que está en boca de los líderes
políticos, gerentes de empresas, trabajadores y científicos:
Un fantasma recorre el mundo: la globalización.*

BODEMER, 1998

Resumen

En este artículo se reflexiona sobre la imposible vigencia y pertinencia del tradicional sujeto revolucionario en el actual contexto de globalización. En su lugar, se propone el surgimiento de un *sujeto revolucionario prodemocrático*, configurado con valores emanados de la democracia liberal que le permiten adoptar mecanismos de acción social *ad hoc* a los procesos globalizadores. Esa nueva realidad, sin embargo, provoca que el *modus operandi* de este *sujeto* se vea limitado a los derroteros que imponen tanto la democracia representativa como las instituciones globales que la salvaguardan.

Palabras clave: Sujeto revolucionario, Globalización, Sociedad civil, Democracia, Instituciones globales

THE REVOLUTIONARY SUBJECT IN THE ERA OF GLOBALIZATION

Summary

This article reflects on the impossible validity and relevance of the traditional revolutionary subject in the current context of globalization. Instead, it proposes the emergence of a *pro-democratic revolutionary subject*, shaped with values emanating from liberal democracy that allow it to adopt mechanisms of social action *ad hoc* to the globalizing processes. This new reality, however, causes the *modus operandi* of this subject to be limited to the directions imposed by both representative democracy and the global institutions that safeguard it.

Keywords: *Revolutionary subject, Globalization, Civil society, Democracy, Global institutions*

LE SUJET REVOLUTIONNAIRE DANS L'ERE DE LA GLOBALISATION

Résumé

Dans cet article on réfléchit sur l'impossible validité et pertinence du traditionnel sujet révolutionnaire dans l'actuel contexte de globalisation. À sa place, on propose le surgissement d'un *sujet révolutionnaire pro démocratique*, configuré avec des valeurs dégagées de la démocratie libérale qui lui permette d'adopter des mécanismes d'action sociale *ad hoc* aux processus globalisateurs. Cette nouvelle réalité provoque cependant que le *modus operandi* de ce *sujet* se voit limité aux chemins qui imposent aussitôt la démocratie représentative que les institutions globales qui la sauvegardent.

Mots clé : Sujet révolutionnaire, Globalisation, Société civile, Démocratie, Institutions globales

* Doctor en Ciencias Políticas y Sociales por la UNAM. Profesor investigador en la Academia de Ciencia Política y Administración Urbana de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM), plantel "Casa Libertad". Miembro del Sistema Nacional de Investigadores Nivel I.

** Politólogo; maestro en Ciencias Sociales por la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM). Actualmente coordina el seminario de investigación "Léxico de la política en la globalización" en la UACM, plantel "Casa Libertad".

En la actualidad, mucho se ha discutido entre los intelectuales y académicos críticos de la realidad social sobre la pertinencia de corregir, modificar y transformar por completo las viejas estructuras de organización, principalmente, en las esferas política, económica y sociocultural. La principal tesis puesta a debate es hacer una *revolución sistemática*, al considerar que el capitalismo dominante está en crisis permanente. Las crisis económicas recurrentes en el nuevo capitalismo globalizado han originado que las sociedades se manifiesten y se inconformen con las nuevas políticas de austeridad en los bienes y servicios que los gobiernos adoptan para equilibrar las desigualdades. Esto, necesariamente, crea grandes tensiones entre los gobiernos, la población, y, ahora también, las organizaciones internacionales.

Desde hace tres décadas, en el terreno académico dominante, cada vez toma mayor fuerza la noción de la democracia como el sistema de gobierno que mejor puede atemperar y administrar dicha crisis. La disidencia a esa noción preponderante, al momento de trazar una crítica a la realidad social, emplea todavía el viejo léxico de la emancipación de las fuerzas oprimidas como principal víctima de las constantes crisis económicas. Este argumento plantea una lógica indiscutible, pues al vivir en un contexto de economía globalizada, son muchos los sectores sociales que salen perdiendo, y, por ende, los grupos más vulnerables son los más afectados. Esta coyuntura que vive la humanidad, y particularmente América Latina, abre la posibilidad de debatir, reflexionar, analizar, pero, sobre todo, tratar de entender desde lo que se da en llamar *pensamiento de izquierda*, cuáles son los nuevos mecanismos que tienen que abrir los gobiernos locales y globales para lograr una cierta estabilidad, progreso y desarrollo de las sociedades en su conjunto.

En el debate actual se encuentran dos grupos de pensadores: los que abogan por el regreso de un *Estado Benefactor*, donde el Estado (el gobierno) sea el responsable de equilibrar la balanza económica, y, por ende, lograr una estabilidad política administrando el conflicto social. Por otro lado, quienes abogan por la abolición total de la economía global capitalista como forma de producción, reproducción e intercambio entre la humanidad. Sobre el anhelo de un regreso al *Estado Benefactor*, no se abordará sino lo esencial, ya que el interés principal de este escrito es argumentar sobre lo que se percibe como la defunción del *sujeto revolucionario tradicional*, sustituido en el pensamiento político de *izquierda*, por la constitución de un *nuevo sujeto revolucionario prodemocrático*.

En la realidad latinoamericana, desde inicios de este siglo se han conformado liderazgos sociales que proclaman el viejo léxico revolucionario, pero de una manera transformada, utilizando precisamente los mecanismos que otorga la democracia (participación, elecciones y competencia) para hacerse del poder y ejercerlo, en

comparación con los revolucionarios *clásicos* del siglo pasado que buscaban *tomar el poder* por la vía armada o no institucional, a la usanza de Fidel Castro en Cuba o de los movimientos guerrilleros centroamericanos y sudamericanos en los años 70 y 80.

Los ejemplos están a la mano, sobre todo en la práctica política de líderes que utilizan las instituciones democráticas para obtener el poder, pero manteniendo en su discurso una suerte de ética revolucionaria defensora del *interés popular*. Así lo hemos visto en liderazgos relevantes como los de Luiz Inacio Lula da Silva en Brasil, Evo Morales en Bolivia, Hugo Chávez y Nicolás Maduro en Venezuela; Néstor Kirchner y Cristina Fernández en Argentina; Rafael Correa en Ecuador, José Mujica en Uruguay o Andrés Manuel López Obrador en México. Este conjunto de líderes representa fielmente el cariz de los *nuevos líderes revolucionarios de izquierda* en tiempos de la globalización. Pensar y definir su praxis política es el motivo de las siguientes líneas.

EL SUJETO REVOLUCIONARIO TRADICIONAL EN EL CONTEXTO DE LA GLOBALIZACIÓN

Si realizamos una lectura que vaya de Karl Marx y Friederich Engels a Vladimir Ilich Lenin y desemboque en Mao Tse Tung, el símbolo por excelencia del *sujeto revolucionario tradicional* es el proletariado, teniendo al campesinado como su principal aliado. No obstante, la globalización reconfigura la noción de *clase social*, pues hoy en día las sociedades son cada vez más dinámicas y heterogéneas. Ello ha provocado que la identidad *autóctona* del individuo sea cada vez más débil y volátil ante el transculturalismo que propicia, por ejemplo, el uso de las nuevas tecnologías de la información entre las nuevas generaciones.

Esto origina que el lazo social por la cultura, las tradiciones y los orígenes se disperse, afectando con ello el elemento de la *identidad* político/ideológica. Hay que considerar que en momentos de alta ideologización las sociedades evidenciaban su rasgo *politizador* que se traducía en la lucha por *mundos alternativos*, organizados por una concepción socialista de la historia. En nuestros días, las nuevas generaciones dejan de identificarse con ese *ideal viejo*, al que consideran poco atractivo (sea por desconocimiento o porque se considera una *salida de la zona de confort*) para ahora hacerlo con un *nuevo ideal* repleto de valores del *universo democrático* que incorpora demandas de todo tipo.

Las libertades civiles y políticas heredadas por las democracias representativas juegan un papel importante, no sólo en el ejercicio de los gobiernos, sino también en las prácticas de la humanidad. Ello ha generado la proliferación de diversos movimientos en defensa de los derechos humanos, la ecología, el medio ambiente, los animales, la igualdad de género o el respeto a la preferencia sexual.

Por sí mismos, estos *nuevos movimientos* han quitado protagonismo a los *viejos movimientos* sociales de corte proletario pues, aunque éstos no han dejado de existir y manifestarse en la escena pública, ahora son de corte marginal y tienen que compartir escenario con las nuevas formas de expresión social. Está claro que estos nuevos movimientos sociales mantienen *sujetos* tan diversos, que lo único que los hace iguales son sus objetivos y sus fines y no su *conciencia de clase* como se estilaba decir en otros tiempos. Es así que podemos encontrar movimientos ecologistas o promotores de derechos humanos integrados por obreros, campesinos, intelectuales, feministas, académicos, amas de casa, padres de familia, homosexuales, políticos (de derecha e izquierda), y algunas veces, hasta pequeños empresarios.

Por lo tanto, es una realidad aceptar la tesis de que la clase proletaria está en *retirada* tanto en países industrializados como en vías de desarrollo; esto se debe, entre muchas otras cuestiones, no sólo al hecho de que el capitalismo deje de requerir fuerza de trabajo (al ser sustituida por nuevas tecnologías industriales), sino a que los integrantes de dicha fuerza de trabajo han perdido su *conciencia de clase* al no defender ya intereses que históricamente han sido suyos (el salario, la jornada laboral o la vida sindical), para ahora defender otro tipo de *intereses* que son *políticamente correctos* (la *flexibilidad laboral* como diría Richard Sennett) en un contexto tan atribulado como el actual.

Si esto es así, ¿podemos hablar del fin del proletariado como aquel propulsor del cambio revolucionario? Ante el retroceso de los obreros industriales en la escena política, son los grupos sociales emergentes los que toman el relevo de esas acciones, eso sí, influenciados por algunos métodos de lucha y experiencia política del antiguo proletariado: las marchas, los mítines, los plantones o las huelgas. Sin embargo, estos nuevos grupos sociales optan por el reformismo (no por la transformación) de sus propias condiciones materiales de vida, haciendo que sus demandas sean procesables en el contexto del capitalismo globalizado y se conviertan en una especie de *reformas semi-revolucionarias*. Ese resultado no es porque esta sea la concepción de estos grupos, sino por cuestiones exógenas y ajenas a ellos mismos, pues parten de una agenda social global tolerada, y en no pocas ocasiones patrocinada, desde los grupos de poder mundiales.

Anthony Giddens ha explicado de manera diáfana este fenómeno social. En su obra *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*, señala que la globalización tiene efectos lo mismo en la reconfiguración de la familia (los roles de género), que en el sistema político (la democracia); lo mismo en la naturaleza por el calentamiento global (la *sociedad del riesgo*), que en nuestra forma de vida (las tradiciones). Giddens señala que nuestros comportamientos locales tienen en realidad muy poca injerencia en los asuntos

globales, principalmente en los relativos a la influencia en el ejercicio del poder o la toma de decisiones en materia económica o de gestión de riesgos, así como demás problemáticas que acechan la armonía de la humanidad en su conjunto (Giddens, 2001).

Por ello, si consideramos al *sujeto revolucionario tradicional* que actúa bajo la intención de mejorar la condición global de la sociedad (el *internacionalismo revolucionario* o lo que Ernesto Guevara definió como el *crear dos, tres, muchos Vietnam*), su accionar está propenso a quedar demasiado corto, debido a la poca o nula fuerza que puede acumular en el terreno local. Ya que, con la globalización, las elites, los grupos y los mecanismos de opresión, como consideraban los marxistas, ya no se encuentran en el espacio local; en otras palabras, ahora el poder de estos grupos es *transnacional*... y la acción de los grupos sociales sigue siendo marcadamente *local* (Beck, 1998).

Por tal motivo, si pensamos en cómo se ha dado la *construcción* del *nuevo sujeto revolucionario*, es indispensable considerar el nuevo orden mundial imperante, así como la mutación de valores, ideas y cosmovisiones de la sociedad global. Asimismo, no se debe pasar por alto la propia redefinición del Estado, de la cultura, de la economía y de los medios de información, así como las transformaciones demográficas y territoriales luego del fin de la Guerra Fría. En pocas palabras, el nuevo sujeto del *cambio revolucionario* debe actuar ahora bajo este proceso de globalización, es decir, bajo procesos inacabados y cambiantes del panorama mundial. Esto deviene en que ahora los *nuevos líderes revolucionarios* remodelen y redefinan sus mecanismos de acción, pero solamente para poder *administrar* problemas globales de forma local.

En el terreno de la realidad política han surgido líderes con fervor y discurso revolucionario pero que, en cierta manera, recomponen el modelo revolucionario antisistémico, hacia una configuración manualística, pragmática, populista y carismática. Utilizan para tal fin el eje de la geometría política izquierdista para fomentar y proyectar lineamientos discursivos para, en teoría, conseguir bienestares sociales; por ejemplo, en Latinoamérica, a raíz de la crisis del neoliberalismo a inicios de este siglo, surgieron líderes que retomaron el viejo discurso revolucionario, pero ahora en el contexto del afianzamiento de las democracias representativas, creando así una nueva especie de socialdemocracia partidaria (la *tercera vía* como diría Giddens).

Esta situación ha hecho que los defensores del marxismo histórico critiquen ferozmente a los nuevos adoradores de la vía electoral y sus partidos políticos, al considerarlos instrumentos manualísticos y pragmáticos, de raigambre oficialista, de *izquierdas tibias*, pero sobre todo *reformistas* con las causas profundas de la sociedad.

Recordemos que el revolucionario tradicional se caracteriza etimológica y esencialmente como transformador de su propia realidad, a través de la modificación total de su cultura, de su economía, de su forma de relación con los otros, y, por ende, de su forma de hacer política. Por ello, esta izquierda radical de origen y tendencia marxista, comunista, guevarista, socialista, anarquista, autonomista, trotskista, maoísta, leninista y fannonista, se configuró más allá de manualidades institucionales establecidas por la burguesía, presentándose a sí misma como una izquierda antisistémica que proclamaba la libertad y la igualdad real de la sociedad.

Podemos ubicar en el pasado reciente a grupos antisistémicos que concuerdan con esta izquierda radical de antaño, como *Los Piqueteros* en Argentina, el *Movimiento de los Sin Tierra* en Brasil, el *Ejército Zapatista de Liberación Nacional* (y su brazo civil el *Frente Zapatista de Liberación Nacional*) en México. Es precisamente en este tipo de izquierda, en la que todavía se desenvuelve, donde se materializa y reproduce la ideología política del *sujeto revolucionario tradicional*, aunque, también hay que señalarlo, su campo de acción y movilización es hoy en día marginal.

Pasa lo contrario con la izquierda socialdemócrata, pues al no promover las ideas de libertad e igualdad en un sentido emancipador, se convierte automáticamente, para sus críticos, en un elemento *tibio*, pues sólo busca reducir los niveles de crueldad del capitalismo entre los individuos, atemperando (pero no resolviendo) el conflicto social. Entonces, ¿es posible ubicar en este nuevo derrotero de la izquierda al *Nuevo sujeto revolucionario prodemocrático*? Definir a la izquierda y al sujeto revolucionario en un contexto democrático, teniendo como telón de fondo los distintos procesos de globalización, se convierte en una tarea inestable, efímera, y líquida Veamos los por qué.

Al examinar los motivos detrás de los discursos izquierdistas del *sujeto revolucionario tradicional* de las décadas de los 60 y 70 en la América Latina del siglo XX, partimos de un aspecto ideológico fuertemente arraigado en esas posiciones políticas. La teoría de Karl Marx fue fundamental para entender que la defensa de la ideología del cambio social representaba por sí misma un insumo importante para la transformación radical de la realidad. El resultado sería, en ese mundo de las utopías posibles, el establecimiento de la revolución social. Sin embargo, esta tesis es cada vez más difícil de entender y llevar a cabo en estos tiempos, pues ahora casi todos los actores sociales concuerdan con la decimonónica teoría del discurso liberal político, es decir, ahora las *nuevas luchas* son por el cumplimiento de los derechos y las obligaciones de los propios ciudadanos y, por ende, de los ideales democráticos, ya no sólo en el terreno local, sino también a escala global.

Otro supuesto de la incapacidad y la poca viabilidad del *sujeto revolucionario tradicional* en la era de la globalización, recae necesariamente en el *modus operandi* de dicho *sujeto*. Nos referimos a que una característica principal del *sujeto revolucionario tradicional* es la necesidad de combatir con las armas para alcanzar el poder y transformar la realidad social. El principio de la toma del poder por la vía armada, en la era de la democracia, está fuera de toda concepción y aceptación. El concebir que un grupo político llegue al poder a través de este mecanismo, casi en automático, caería en la ilegitimidad al ser catalogado por los *mass media* y la *opinión pública* (cualquier cosa que eso signifique) como autoritario o totalitario al terminar con la libertad para elegir gobernantes, amén de crear un espacio de incertidumbre por no tomar en cuenta la necesidad de las libertades civiles.

En el plano económico, la asunción al poder de un grupo armado conduciría al terreno de una economía cerrada, creando un estancamiento debido a que los mercados internacionales no verían con buenos ojos medidas proteccionistas y demandarían la apertura económica. Hay que recordar que el contexto teórico que da lugar a la lógica argumentativa del discurso revolucionario tradicional hundía sus raíces en lo que Herbert Marcuse definía como la voluntad de emanciparnos de las redes de la propia sociedad y del predominio del capital. Lo que Marcuse nunca consideró es que es la propia sociedad necesita de la relación de los individuos para poder subsistir y con ello desarrollar esas libertades.

Liberarse significaba deshacerse de cualquier eslabón que impidiera el movimiento. Como Zygmunt Bauman argumenta: “*Liberarse*” significa literalmente deshacerse de las ataduras que impiden o constriñen el movimiento, comenzar a sentirse libre de actuar y moverse. “Sentirse libre” implica no encontrar estorbos, obstáculos, resistencias de ningún tipo que impidan los movimientos deseados o que puedan llegar a desearse” (Bauman, 2000:21). El presupuesto tácito de nuestra realidad, la libertad, ha sido concebible en nuestras mentes, al grado de realizar lo que Fernando Savater llamaría en un capítulo de su *Ética para Amador*: “haz lo que quieras”.

En comparación con lo que *imaginaban* los marxistas, los hombres y mujeres de la globalización son, en ese sentido, absoluta y verdaderamente libres, al menos en los grandes centros urbanos. Por lo que el ideario marcusiano sobre la libertad ha quedado agotado. De forma que la nostalgia por la comunidad pensada por Marcuse puede ser una manifestación de valores opuestos, pero anacrónica e incompatible con los procesos globalizadores. Al respecto Bauman apunta:

El dilema de Marcuse ha perdido vigencia, ya que se le ha garantizado al “individuo” toda la libertad que hubiera podido soñar o anhelar; las instituciones sociales están deseosas de

traspasar a la iniciativa individual el incordio que representan las definiciones y las identidades, a la vez que resulta difícil encontrar principios universales contra las cuales resbalarse. En cuanto al sueño comunitarista de “dar nuevo arraigo a lo desarraigado”, nada puede cambiar el hecho de que únicamente hay transitorias camas de hotel, bolsas de dormir y divanes de análisis, y que de ahora en más comunidades –más postuladas que “imaginadas”- ya no serán las fuerzas que determinen y definan las identidades sino tan sólo artefactos efímeros del continuo juego de la individualidad. (Bauman, 2000:28)

Es ahora cuando los individuos que pueblan la sociedad global se sienten tan *libres*, que se preocupan ya no sólo por sus condiciones materiales, sino por sus condiciones culturales, políticas y civilizatorias. Para ello utilizan los nuevos espacios públicos en donde todo es *politizable*, y, por ende, *discutible*, *analizable* e *informable*.

Así, vivimos en los tiempos de las sociedades *libres*; *tan libres*, que se convierten en sociedades *liquidadas*, debido a la inestabilidad, la excesiva movilidad y la proclive evaporación de sus propias estructuras de organización. Esto crea los escenarios necesarios para que la sociedad sea crítica de sus propias condiciones de vida, pero en un sentido distinto a la lógica revolucionaria de antaño; por lo tanto, la sociedad global del siglo XXI no es que sea *menos* moderna o *posmoderna*, en comparación con la sociedad del siglo XX, sino que los procesos de modernización son mucho más *rápidos* e *inestables*, sea en el aspecto tecnológico, científico, artístico, sanitario e informacional. Ello da como *resultado* la proliferación de otro tipo de actividades y pensamientos entre los individuos.

En este paralelo analítico, es precisamente donde se piensa que el *sujeto revolucionario tradicional* no tiene cabida, ni sentido en este nuevo *modus vivendi* diseñado por la globalidad por aspectos societales relevantes como los siguientes.

Por una parte, lo que Zygmunt Bauman llama: *el gradual colapso y lenta decadencia de la ilusión moderna temprana*: Aquí el *sujeto revolucionario tradicional*, producto de una naciente modernidad, actuaba bajo un camino que *tenía* fin, un tipo de *telos* histórico alcanzable a los ideales socialistas, un estado de perfección que podía ser alcanzado a través de lo que el revolucionario Ernesto Guevara llamó *el nacimiento del hombre nuevo*.

El tipo de sociedad creada por dicho *hombre* era considerada *buena* y *justa*, en perfecto orden, en donde cada cosa ocupaba su lugar, con absoluta transparencia en los asuntos que se necesitaba conocer, además de que existía un completo *control* del futuro, de los sueños y de las ideas (el comunismo). No obstante, esta forma de vida perduró muy poco (si acaso *existió* con el *socialismo* real) y con ello el ideal del *sujeto revolucionario tradicional* se desvaneció, por el cambio fundamental de la desregulación y la privatización de las tareas de la *próspera* modernización. El *sueño* por el trabajo colectivo y altruista del *hombre nuevo*, se convirtió en

pesadilla, coraje e individualismo, pues se vivió la mutación de una administración colectiva a una administración pública mecanicista, meritocrática y tecnocrática. Así nació la noción de concebir al ser humano como un individuo aislado, que sólo en su necesidad de sobrevivir fisiológica, económica y políticamente se asocia con el otro. De ahí que el individuo sea entendido como vida y pensamiento distinto al ámbito comunitario.

El nacimiento de la filosofía feminista, de la diversidad sexual, de la filosofía de la liberación personal, de la defensa del medio ambiente, de la protección de los animales y demás corrientes de pensamiento colaterales concuerdan precisamente con este planteamiento, al situarse ante un mundo depredado de identidad y colectividad y donde solamente el interés individual tenía cabida; por ello cobra vital importancia la defensa de la dupla Estado de Derecho/Sociedad de los Derechos *Humanos*, pues implica el discurso de los individuos como diferentes, eligiendo y tomando decisiones a su libre voluntad, creando sus propios modelos de felicidad y de estilo de vida más conveniente. Ahora la nueva modernidad se convierte en un elemento liviano para los individuos, permitiendo con ello que el Estado (a través del gobierno) se *emancipe* de sus obligaciones con la sociedad. De ahí se perfila la idea de que sea la *sociedad civil* el nuevo *ente* revolucionario que propulse, alcance y luche por su propio bienestar a través de los diversos mecanismos institucionales que establece la democracia.

Es menester advertir que justamente el Estado configurado en la época de la posguerra era el principal impulsor de una ideología oficial. Ello propiciaba la existencia de líderes revolucionarios que promovían la necesidad de constituir alternativas a ese modelo de organización a través de la lucha contra el sistema, pero en la actualidad, como apunta Bauman (2000: 35): “Ya no hay grandes líderes que te digan qué hacer, liberándote así de la responsabilidad de las consecuencias de tus actos; en el mundo de los individuos, solo hay otros individuos de quienes puedes tomar el ejemplo de cómo moverte en los asuntos de tu vida, cargando de toda la responsabilidad de haber confiado en ese ejemplo y no en otro”

Es ahora el tiempo del *nuevo sujeto revolucionario prodemocrático* que, materializado en la noción de la *Sociedad Civil*, llena el vacío de las posiciones políticas de *izquierda* propiciado por la desesperanza, pues, como se ha señalado, con la globalización, hemos dicho *adiós* al mundo como lo conocíamos antes, máxime en términos de ideologías, utopías y lucha de clases. La búsqueda del poder no ha sido la excepción, si bien es cierto que el *sujeto revolucionario tradicional* encontraba su enemigo en el *imperialismo* inmerso en el terreno local, la movilidad global ha hecho que dicho enemigo local tenga gran velocidad para evadir ataques y ofensas. Basta un *click* en el ordenador para desaparecer del lugar de origen y situarse en cuestión de segundos en otro terreno e invisibilizarse.

En otras palabras, los detentadores de la opresión local de antaño, se han transmutado hacia actores transnacionales, que no están *ni aquí, ni allá*, pero cuyo poder se hace presente en las megalópolis, los grandes consorcios y las grandes estructuras de dominación. Son los poderes transnacionales que generan la agenda global lejos del alcance de los dardos de los *sujetos revolucionarios tradicionales*. El poder y la presión de estos actores se manifiestan en la política local, interfiriendo en el rediseño de los Estados Nacionales, provocando que la soberanía y legitimidad queden en el entredicho a partir de la puesta en marcha de la concepción del *Estado mínimo*. Debido al poder que sobre el Estado ejerce el, ahora móvil, capital financiero mundial, se crea una élite transnacional que desplaza el rol de las antiguas élites nacionales.

Cabe destacar que conforme se han ido dando las contradicciones inherentes en esta forma de capitalismo globalizado (el neoliberalismo), la aparición de liderazgos sociales que cuestionan ferozmente esa situación crea múltiples expectativas sociales. Sin embargo, en no pocas ocasiones nos encontramos con demagogos disfrazados de héroes patrios, cuyo discurso transita los senderos de la celebridad política a partir de proclamas pseudorrevolucionarias, de manera, que, en la sociedad moderna, los héroes *revolucionarios* que conocíamos, como Ernesto “Che” Guevara, Lucio Cabañas, Miguel Enríquez, Carlos Fonseca, César Augusto Sandino, Emiliano Zapata, Francisco Villa, Camilo Torres, Camilo Cienfuegos o Fidel Castro sean cada vez más escasos.

Esto ocurre precisamente por la inestabilidad ideológica de las masas en la actualidad (el proceso de individualización al que se encuentran sometidos los individuos) y el *miedo a morir* por el ideario popular revolucionario (*tomar las armas* es una idea que deja de ser atractiva cuando se requiere ponerla en práctica). Hay que decirlo con toda claridad: los revolucionarios tradicionales tenían una virtud original: el martirio. Una de sus principales características era que actuaban contra probabilidades adversas, no sólo en el sentido de que su muerte era prácticamente segura, sino de que su muerte era motivo para seguir la senda de la lucha y la liberación, es decir, sus vidas se convertían en motivo y esperanza para mejorar las condiciones de la vida social (Bauman, 2010: 60).

No obstante, en la era de las democracias y de los procesos globalizatorios, los *mártires* desaparecen y los nuevos liderazgos que aspiran a ser héroes se convierten en personalidades políticas, a la usanza de lo que Robert Michels en su momento llamó el *liderazgo en las organizaciones democráticas* (Michels, 1996: 57). Este fenómeno se crea debido al marco que proveen las democracias representativas, en el cual se garantiza la libertad y los derechos políticos, pues al existir ciudadanos que gozan de estas facultades, el interés por las cuestiones públicas crece, sobre todo cuando se desarrollan liderazgos individuales

que poseen habilidades discursivas, amén de que cuentan con una esencia carismática que los pone, para bien o para mal, en la palestra de la *opinión pública* donde su talante se puede construir o cosificar, reproducirse o ser destruido.

Bajo estas consideraciones las preguntas que se desprenden son, por lo tanto: ¿es posible considerar el nacimiento de un *nuevo sujeto revolucionario* en la era global?, ¿la llamada *Sociedad Civil* materializada en ciudadanos organizados puede reemplazar el papel del *sujeto revolucionario tradicional*?, ¿el *sujeto revolucionario* es una categoría *zombi*, es decir, muerta en la práctica pero que pervive en el discurso académico y político?

MUERTE DEL *SUJETO REVOLUCIONARIO TRADICIONAL* Y SURGIMIENTO DEL *SUJETO REVOLUCIONARIO PRODEMOCRÁTICO* EN LA *SOCIEDAD CIVIL*

Hasta aquí se han expuesto las diferentes problemáticas con las que se enfrenta el *sujeto revolucionario tradicional* en la era de la globalización. Las limitaciones que le imponen los nuevos procesos globalizatorios son evidentes. Así también, los cánones que la democracia liberal representativa promulga son difíciles de pasar por alto para dicho sujeto. Es por eso que la acción y pertinencia política del *sujeto revolucionario tradicional* están en entredicho, lo cual no significa que los mecanismos de lucha estén acabados o que no exista otra solución a los problemas locales y mundiales. Como se ha señalado, es ahora la nueva *Sociedad Civil*, a través de los ciudadanos libres organizados, el motor de la acción política que busca una mejora en las condiciones de la vida social.

Por lo tanto, el *nuevo sujeto revolucionario* se convierte en el *nuevo ciudadano*, caracterizado por su conciencia de ser humano vivo, racionalizado, involucrado, informado, ya que es ahora y no antes cuando el ciudadano se concibe realmente como un *sujeto de necesidades*, en tanto que es negado o aplastado por el sistema que lo excluye. Bajo esas condiciones, el *nuevo ciudadano* se convierte en el ente contestatario por excelencia, ya que expresa el malestar con los procedimientos y los procesos emanados de la democracia, siendo así que la propia noción de ciudadanía es discernida con un alcance crítico desde la perspectiva del *nuevo sujeto revolucionario*.

Vale decir que la finalidad última de este discernimiento es la recuperación crítica de la dicotomía democracia/ciudadanía en términos de sus formas concretas (e irrealizables) de articulación efectiva. Por ende, el *nuevo sujeto revolucionario* convertido en *ciudadano* tiene que ser entendido como la condición necesaria de una verdadera *democracia*. Sin embargo, desde una perspectiva crítica a este nuevo modelo de entendimiento de las transformaciones

de la sociedad en la globalización, se habla entre los académicos e intelectuales formados en la *vieja izquierda* de la *muerte del sujeto pensante* reemplazado por el *sujeto del mercado*.

A partir de la *caída* del Muro de Berlín en 1988, nace la tesis de la muerte del *sujeto revolucionario* y la negación de la lucha de clases. La muerte del sujeto es la contracara de la afirmación del mercado como “el sujeto que sistemáticamente despliega su racionalidad a la cual los individuos deben desplegarse para sobrevivir dentro del orden por él impuesto” (Acosta, 2000: 6).

Por lo que respecta a la negación de la lucha de clases, la discusión tiene mucho que ver con la afirmación de la decadencia del marxismo como sistema doctrinario, pero, esencialmente, este argumento se refiere al poder transnacional del mercado, que sólo pelea la guerra por los negocios para así obtener mayores ganancias, a la par de incrementar su poder político en los escenarios nacionales y subnacionales. Ello propicia que la sociedad del mercado globalizado tienda hacia una movilidad excesiva, reconfigurando los estratos sociales y, con ello, la idea de la lucha de clases. Zygmunt Bauman ha llamado a este proceso la *Sociedad Líquida*.

De esta manera, el nuevo *logos global* permite a los individuos moverse a gran velocidad bajo los flujos de la racionalidad mercantil-financiera. En este contexto, se plantea la problemática del *sujeto revolucionario*, ya que al establecer que la modernidad se fundamentó en un *sujeto pensante y universal*, en la actualidad se considera que la modernidad se encuentra en crisis, pues varios de sus postulados y objetivos se encuentran en entredicho, debido precisamente al sobrepeso de los valores del mercado.

Por esta razón, la ciudadanía que se constituye en los contextos democráticos es el *sujeto de necesidades* o, como se viene sosteniendo, el *nuevo sujeto revolucionario prodemocrático*, ya que, al ser excluido, reprimido y no representado, interpreta al sistema que lo segrega, lo niega e intenta transformarlo a través de la proclama y la acción colectiva constante. Las nociones de democracia y ciudadanía se han declarado triunfantes en el contexto del nuevo orden mundial y, en consecuencia, para el novel *sujeto revolucionario* el carácter enajenado y enajenante de esta dicotomía necesita de su transformación.

Se entiende, por ello, que en la actualidad se manifiesten, en el ámbito político, diversos movimientos sociales a lo largo del mundo y, particularmente, en la región latinoamericana. El llamado a la participación de los diversos actores, y de la *Sociedad Civil* en específico, crea la posibilidad de transformación de los escenarios político y social, lo cual presupone una cierta tendencia a la *universalización* de la participación. Sin embargo, para que existan las condiciones necesarias para participar democráticamente, se hace necesario que el sistema-mundo asegure con universalidad las condiciones democráticas de vida, en

donde la participación no sea un pretexto, sino una forma de vida. En este sentido, “el deber fundamental de todo sistema democrático representativo, es crear la homogeneización de su sociedad” (Acosta, 2000: 9) o, en otras palabras, crear la capacidad de identificación con los valores democráticos entre la sociedad local y mundial. Esto generará entre los ciudadanos la idea de gozar de derechos directamente vinculados con la satisfacción de las necesidades básicas, de manera que la política se convierta ahora en el terreno de las *posibilidades*, así como de los conflictos entre las fuerzas contingentes. La *Sociedad Civil*, al poseer valores nuevos, que el *sujeto revolucionario tradicional* nunca desarrolló, contempla y crea las condiciones necesarias para perseguir sus propios intereses colectivos.

Así se puede entender que la defunción del *sujeto revolucionario tradicional* se debiera a las condiciones globalizadoras, así como a sus efectos en nuestras vidas: el cambio de valores, de costumbres, de interacción política; la movilidad social y la transformación económica, son algunos de esos factores. La globalización cambió además los viejos terrenos de actuación política, como el Estado-Nación. ¿Qué tan viable es la actuación del *sujeto revolucionario tradicional* en la escena local, cuando existe por encima de él un poder transnacional?

Ralf Dahrendorf estableció que la globalización puede ser entendida desde dos supuestos. Desde el punto de vista de los perdedores y de los ganadores. Resulta evidente que uno de los perdedores fue el *sujeto revolucionario tradicional*. Sin embargo, el nacimiento de un *sujeto revolucionario prodemocrático*, expresado en la noción de la *Sociedad Civil* y materializado a través del *ciudadano organizado*, es uno de los *ganadores* de dicho proceso. El éxito relativo que han tenido los liderazgos emanados de la lógica del *nuevo sujeto revolucionario prodemocrático* dan cuenta de ello.

NOSTALGIA POR LA REVOLUCIÓN

Cornelius Castoriadis ha señalado que “el sujeto no tiene que regresar, porque nunca ha partido, siempre ha estado ahí, no como substancia, sino como cuestión y como proyecto” (Castoriadis, 2011: 77). Pese a toda la artillería conceptual desplegada en contra del irracionalismo posmoderno, el sujeto sigue siendo principio irrecusable de toda reflexión. Para desarrollar una teoría sobre la vigencia o pertinencia del sujeto revolucionario, es menester partir de la cosmovisión y relación del hombre con su entorno. En ese tenor, el planteamiento del sujeto es un elemento substancial para analizar fenómenos políticos y sociales venideros, pero, sobre todo en estos momentos, resulta indispensable por los constantes cambios tecnológicos y científicos que se originan en los procesos globalizatorios.

A lo largo de estas líneas, se ha planteado la defunción del *sujeto revolucionario tradicional* a partir de cuestiones exógenas a él, debido principalmente a los principios idealistas y culturales que han sufrido las sociedades en gran parte del mundo. Las nuevas formas de organización en el espacio globalizado requieren de valores, pero sobre todo de comportamientos que faciliten nuevos mecanismos de acción en pro de la consolidación democrática. Un ejemplo de las nuevas formas de acción social son la institucionalidad democrática y los nuevos espacios de discusión, reflexión y análisis sobre la política y la cultura (las redes sociales, principalmente, pero también como las familias, la escuela y la plaza pública), lo cual se materializa en el debate público entre los ciudadanos organizados para quienes los problemas locales deben ser focalizados, pero con el objetivo de llegar hasta los problemas globales.

Establecer que el *sujeto revolucionario tradicional* se ha convertido en una categoría *zombi*, no da brecha a que no existan ya otras formas de acción por parte de la sociedad para solucionar sus problemas. Lo que resulta evidente es que la vía armada que dicho sujeto desarrollaba para sus propios fines es impensable en la era de la democracia globalizada; por lo tanto, para plantear lo que antaño se concebía como una *teoría revolucionaria*, se debe partir desde una visión crítica de nuestras condiciones materiales, hasta llegar a la reflexión sobre el hombre y su entorno. Esto nos conducirá a involucrarnos nuevamente en la discusión sobre el *sujeto*, pero no contemplándolo ya en la forma clásica impulsada desde la academia, sino entendiéndolo como substancia, es decir, como ente dotado de significación por sí mismo, auto-centrado y transhistórico.

Esta interpretación del *Sujeto* fue inaugurada por el marxismo y continuó con el psicoanálisis, la lingüística, el estructuralismo y el posestructuralismo de Michel Foucault. En su simiente, conllevó dos supuestos equivocados sobre la interpretación del *sujeto revolucionario tradicional*.

- La ideología como una distorsión de la realidad. Esto conllevó a que el *sujeto revolucionario* creara para sí una especie de solipsismo sobre sus diferentes formas de acción, creyendo que la vía armada era la única salida para abolir la opresión impuesta por el imperialismo.
- El *sujeto revolucionario tradicional* se consideró como un producto transhistórico, no previendo su defunción en el futuro, porque se pensó *para siempre*.

Estas fueron algunas de las razones por las cuales el *sujeto revolucionario tradicional* feneció, y aunque existen todavía grupos guerrilleros en las montañas o en las urbes emulando a sus pares de hace 60 años, estos movimientos han caído en la marginalidad y

han dejado de tener la fuerza suficiente para poner en jaque las estructuras del Estado y con ello transformar el modelo económico capitalista, ahora en su etapa neoliberal; por ello, se propone el nacimiento de un *nuevo sujeto revolucionario* que apela y exhorta a asumir el discurso democrático a riesgo de parecer *reformista*, pero a sabiendas de que es, al día de hoy, el único camino viable en el atribulado contexto de la globalización.

Con el incremento de los flujos políticos, económicos y sociales derivados de la porosidad transfronteriza, y potenciados por las nuevas tecnologías, la sociedad informacional abre un espacio en donde la democracia se hace plausible, pues los ciudadanos se atreven a tomar la política como punto de conversación y debate público. Por otro lado, el Estado-nación en la era de la globalización es demasiado pequeño y parece estar bastante estancado para hacer frente a los problemas globales; en otras palabras, el Estado es muy grande para solucionar problemas de primera instancia y muy pequeño para solucionar problemas que acongojan al mundo. Como *Estado máximo* no resuelve y como *Estado mínimo* no funciona.

En ese contexto, los *nuevos sujetos de la política*, materializados en ciudadanos organizados, se expresan en los movimientos sociales exigiendo democracia y autoafirmación. De ahí que se haya nombrado a la *Sociedad Civil Organizada* como el *nuevo sujeto revolucionario prodemocrático*, pues su participación constante en los asuntos públicos conformará *la nueva cuestión social posrevolucionaria*, haciendo de la institucionalidad y la organización posibles trayectos para conseguir bienes individuales y colectivos. En consecuencia, ya no es el *fantasma del comunismo* el que recorre el mundo, sino, parafraseando a Tocqueville, *el hecho más ininterrumpido, más antiguo y más permanente que se conoce en la historia... la revolución hacia la democracia*, y para que una verdadera democracia exista debe existir la *autoafirmación*.

REFERENCIAS

- Acosta, Y. (2000). Sujeto, democracia y ciudadanía. *Revista Pasos*, 90.
- Aristóteles (2009). *La Política*. Época
- Adler, M. (1972). *Consejos Obreros y Revolución*. Juan Grijalbo Editores
- Barbero, M. (2020). Modernidad, Posmodernidad y Modernidades, Recuperado de <https://lc.cx/KIci9h>
- Bauer, F. (2005). *Revisión Crítica de la Teoría del Progreso Eurocéntrica*. Siglo XXI.
- Bauman, Z. (2010). *Vida Líquida*. Paidós.
- Bauman, Z. (2009). *Modernidad Líquida*. FCE.
- Bauman, Z. (2008). *Tiempos Líquidos: Vivir en una Época de Incertidumbre*. Tusquets.

- Bauman, Z. (2003). *La globalización: Consecuencias humanas*. FCE.
- Bauman, Z. (2000). *Modernidad Líquida*. FCE.
- Beck, U. (1998). *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, Respuestas a la globalización*. Paidós.
- Bolaguer, M. (1988). *El Romanticismo como Espíritu de la Modernidad*. Montesinos.
- Castoriadis, C. (2011). *Historia y Creación. Textos Filosóficos Inéditos (1945-1967)*. Siglo XXI.
- Castoriadis, C. (2005). *La Institución Imaginaria de la Sociedad*. FCE.
- Cansino, C. (2010). *La Revuelta Silenciosa. Democracia, Espacio público y ciudadanía en América Latina*. El otro occidente.
- Cansino, C. (1994). *América Latina: ¿renacimiento o decadencia?* Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).
- Touraine, A. (2008). *Crítica a la Modernidad*. FCE.
- Dussel, E. (noviembre, 2010). La democracia no se justifica si no asegura la vida, entrevista de Israel Covarrubias. *Metapolítica*, 7.
- Dussel, E. (2007). *Materiales para una Política de la Liberación-* Plaza y Valdés.
- Dussel, E. (2006). *20 Tesis de Política*. Siglo XXI.
- Dahl, R. (1976). *Poliarchy. Participation and Oposition*. Yale University Press.
- Escribano, A. (2004). *Aprender a enseñar: Fundamento de la Dialéctica*. Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha.
- Escalante, F. (octubre, 2002). Ciudadanos Imaginarios, *Nexos*, 8.
- Featherstone, M. (2000). *Cultura del Consumo y Posmodernismo*. Taurus.
- Giddens, A. (2000). *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Taurus.
- Guevara, E. (1978) *El Hombre Nuevo*. El caballito.
- Guevara, E. (2007). *Europa en la Era Global*. Paidós.
- Ianni, O. (2006). *Teorías de la Globalización*. Siglo XXI.
- Jefferson, T. (2009). *The Work's of Thomas Jefferson*. Biliolife.
- Klikberg, B. (2000). *Pensamiento Social en estratégico: Una nueva mirada a los desafíos sociales en América Latina*. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).
- M. Vallés, J. (2007). *Ciencia Política: Una Introducción*. Ariel.
- Marx, K. (2007). Prólogo a la contribución a la Crítica de la Economía Política. En Introducción General a la Crítica de la Economía Política. *Cuadernos del Pasado y Futuro editorial*, 1.
- Marcuse, H. (2005). Sobre la libertad. Necesidad, Sujeto Revolucionario y Autogobierno. *Youkali. Revista de las artes y el pensamiento. Praxis a Philosophical Journal de Zagred*, 5.
- Morales, F. (2009). Globalización: Conceptos y Características y Contradicciones. *Revista Reflexiones*, 30.
- Michels, R. (1996). *Los Partidos Políticos 1. Un Estudio Sociológico de las Tendencias Oligárquicas de la Democracia Moderna*. Amorrourtu.
- O' Donnell, G. (2007). *Ciudadanos de Baja Intensidad*. Trota.

- Pasquino, G, Bobbio N. y Matteucci, N. (2007). Revolución, *Diccionario de Política*, tomo II. Siglo XXI.
- P. Huntington, S. (1986). El Sobrio significado sobre la Democracia. *Revista Estudios Políticos*, 22.
- Parenti, M. (2009). Globalización y Democracia. Recuperado de <https://lc.cx/Ormys9>
- Ponte, D. (2003). *Ciudadanos Imaginarios*. Tomo.
- Posadas, R. (2015). *Realidades Liquidadas, Conceptos Zombis: El Léxico de la Política en la Globalización*. Gedisa, UACM.
- Posadas, R. (2010). Política y Poder en la era Transnacional. En *La Toma de Decisiones en un Modelo Democrático*. UNAM.
- Rist, G. (2002). *El Desarrollo: Historia de una Creencia Occidental*. Catarata.
- Sartori, G. (2008). *¿Qué es la Democracia?* Taurus.
- Santillán, J. (2005). *Una Perspectiva Histórica*. Océano.
- Toledo, E. (1992). *Los Sujetos Sociales en el debate teórico*. FCE.
- Wilfred, C. (1996). *Una Teoría de la Educación*. Moratta.